

anarquía? ¿Saben acaso sus ministros lo que creen, ni lo que no creen? Si en algunas cosas convienen las diversas comuniones separadas de la nuestra, es por indiferencia sobre las doctrinas: entre ellas se mira como cosa de poca importancia creer ó no creer en la divinidad de Jesucristo, de modo que despues de haber cesado de ser católico, se cesa muy fácilmente de ser cristiano; esa paz aparente es el sueño de la muerte; los pueblos no estan destinados á permanecer en el letargo de la indiferencia: necesitan doctrinas fijas; y por lo mismo que el cristianismo es tan vacilante entre los protestantes, deberian estos estar mas dispuestos á volver á la fe católica. Quiera el cielo suscitar en Europa alguno de esos hombres extraordinarios, poderosos en obras y en palabras, á quienes sea dado convencer los entendimientos, y mover los corazones, reunir á su madre los hijos separados haciendo caer el muro que los divide, y hacer entrar en el redil las ovejas descarriadas, á fin de que la Europa forme hoy, como formaba en otro tiempo, un solo rebaño dirigido por un mismo pastor.

DEBERES
PARA CON JESUCRISTO.

DISCURSO PREDICADO A LA CORTE EL JUEVES SANTO 30 MARZO DE 1820.

Aspicientes in auctorem fidei, et consumatorem Jesum:

Poned los ojos en Jesus, autor y consumidor de nuestra fe.

Epist. á los Hebreos, cap. XII. v. 2.

SEÑOR:*

TODAS las naciones y todos los siglos han visto, y verán hasta el fin, disputarse el imperio del mundo la verdad y el error, el bien y el mal; y en todos tiempos se ha visto y se verá ofre-

(*) *Monsieur*, hermano del rey, conde de Artois.

cer la religion el espectáculo de las acciones mas sublimes, y la impiedad presentar el cuadro de los excesos mas escandalosos; por consiguiente seria ofuscarse hasta el último grado no ver mas que vicios entre nosotros, y virtudes entre nuestros padres. Pero cada siglo tiene su especie particular de malicia y de perversidad, y lo que parece caracterizar la época en que vivimos es la audacia de las opiniones unida á la molición de las costumbres, el amor desenfrenado á las cosas materiales, el tedio á aquellas sublimes verdades que refrenan las inclinaciones y exigen sacrificios, la aversion á toda especie de yugo religioso y aun social, el olvido de la Divinidad, el desprecio de las cosas santas, y el espíritu de rebelion y de impiedad contra Jesucristo, sus misterios, su doctrina y sus leyes. ¿Qué es en efecto de cien años á esta parte la historia de nuestra Francia bien considerada, mas que la historia del combate de la impiedad contra el cristianismo; combate dado primero con la pluma, mas adelante con la espada, y cuyo resultado fué por cierto tiempo la muerte aparente de toda la religion? Arrojada esta de sus templos, se refugió en los corazones como en un santuario inaccesible á todos los furores de los hombres; pero no tardó en poder

salir de ellos para colocarse otra vez sobre sus altares. Irritada entónces la impiedad por su misma derrota, repitió sus ataques, y substituyó á una persecucion sangrienta, la persecucion mas temible de todas, la de la opresion y del envilecimiento; y aun hoy mismo extraviada por el orgullo y por el odio, y despreciando la experiencia, deshaoga su furor por medio de sarcasmos, de blasfemias y de calumnias que resuenan en toda la Europa, mostrándose de este modo fiel á su primer designio de precipitar en un mismo abismo todos los altares con todos los tronos.

Movido de estas consideraciones he creido no poder honrar mas dignamente mi ministerio, que invitándoos á fijar vuestra vista en Jesucristo, autor y consumador de nuestra fe por la verdad de su doctrina, por la autoridad de sus ejemplos y por los méritos de su muerte: *Aspicientes in auctorem fidei et consumatorem Jesum.* Voy pues, señores, á recordaros la sumision y amor que le debemos. ¡Y cuán digno no es de un cristiano redoblar su celo por la gloria de su divino Maestro, á proporcion que sus enemigos redoblan su audacia para aniquilar, si les fuese posible, su nombre y su culto sobre la tierra! ¡Y qué momento tampoco mas favorable para recordaros vuestros deberes para con

él, que aquel en que la Iglesia nos pone á la vista los testimonios mas vivos de su ternura para con los hombres, y en el que tengo el honor de hablar delante de aquellos que por la elevacion de su clase, por sus dignidades y por su ascendiente sobre la multitud estan destinados á servirle en esto de guias y de modelos? ¿Cuáles son pues nuestros deberes para con Jesucristo por nuestra calidad de cristianos? Esto será todo mi asunto.

Hay cierta clase de novadores atrevidos que buscan por medio de la locura de sus opiniones una celebridad que no podrian prometerse de la medianía de sus ingenios, y que quisieran hacer la experiencia de refundir el mundo entero reemplazando la moral por el interes, y la religion por las artes y la industria, desterrando á Dios de su imperio, y arrojándole en cierto modo así de este universo que es obra suya, como de nuestros corazones que deben ser su santuario; pero afortunadamente y para su reposo la tierra sostiene pocos de semejantes seres depravados, tanto mas insensatos, dice el Apóstol (1), cuanto e creen mas sabios: *dicen-*

(1) Rom. I. 22

tes se esse sapientes, stulti facti sunt; y que parecen no pertenecer á la especie humana sino para ser su vergüenza y su azote. Un instinto sublime, vencedor del tiempo y de los sofistas, tiene al contrario las generaciones y los siglos como encadenados á un pequeño número de verdades sagradas; así es que en tanto que nosotros nos limitamos á hablar en general de los sentimientos religiosos, hay muy pocos que nos contradigan; aun diré mas, hay un gran número de hombres educados en la religion cristiana, que acaso sin practicarla se glorian de respetarla, que serian incapaces de abjurar la fe de sus padres, y en quienes el honor causaria á mi parecer en muchas circunstancias el mismo efecto que la conviccion. Pero cuando queremos salir de estas generalidades para inculcar las obligaciones que les impone la profesion del cristianismo; cuando exigimos la sumision del entendimiento á todas las verdades reveladas, la fidelidad á todos los preceptos Evangélicos y la observancia de todas las prácticas prescritas, entónces su corazon murmura, se rebela contra el yugo que se les presenta, y se los ve al punto exclamar como los incrédulos decididos: „Arrojemos léjos de nosotros el yugo de esa „doctrina y de esas leyes;” *projiciamus a nobis*

jugum ipsorum (1). A éstos cristianos es á quienes voy hoy á dirigirme, para hacerles conocer cuan incongruentes son y cuan culpables. Si nuestro deber como cristianos (y este encierra todos los demas) es una plena y perfecta sumision del entendimiento, del corazón y de la conducta á la religion toda entera de Jesucristo.

En efecto, hermanos míos, Jesucristo apareció en la tierra para disipar las tinieblas y destruir los vicios del paganismo; para fijar la creencia de los entendimientos vacilantes hasta entonces en toda clase de doctrina, para purificar y perfeccionar la moral prestándole una autoridad divina, y substituir á supersticiones impuras y crueles, igualmente indignas del hombre que de Dios, un culto santo y puro. De todos los puntos pues de su religion, de su doctrina, de su moral y de su culto, así como para todos los tiempos, para todos los lugares y todos los hombres, ha dicho hablando de sí mismo: „Yo soy la verdad.“ *Ego sum veritas* (1). Palabra que no pasará, y cuyas consecuencias forman todos nuestros deberes.

Jesucristo es la verdad misma en su doctrina

(1) Psalm. II. 3.

(1) Joann. XIV, 6.

na; por tanto no nos es ya lícito formarnos á nuestro antojo, y consultando solamente nuestra razon, un sistema de religion llamado *natural*; tampoco lo es constituirmos nosotros mismos nuestros maestros y legisladores, intentar hacer una mezcla ridícula de cristianismo y de filosofía, como hacian los sofistas paganos en el nacimiento de la Iglesia cristiana, abismarnos en investigaciones sabias, ni consultar á los sabios de la Grecia ó de Roma para saber lo que se debe pensar acerca de Dios, de la Providencia, de la vida futura, de la formacion del mundo, del origen del hombre, y de las causas y remedios de su corrupcion y de sus desgracias: no, señores, todo esto ha sido revelado y enseñado por Jesucristo y por los primeros depositarios de su doctrina; y cuando Dios habla, es preciso que el hombre calle. Habló pues Jesucristo, y no habló como filósofo que diserta, sino como Señor que decide: los milagros que obró en medio de la Judea son como las credenciales de su divina mision, y mandando á la naturaleza, probó que tiene derecho para mandar á los hombres. Por tanto, ya se halle el género humano en una época de luces ó de barbarie, ya esté en paz ó en confusion, ya prosperen ó perezcan las naciones, la fe permanece intacta en medio de es-

tas eternas vicisitudes. „Jesucristo, dice el Apóstol (1), el mismo que ayer es hoy, y lo será por „todos los siglos.” *Heri, et hodiè, et in saecula.* Su evangelio apareció en medio del mundo pagano como un sol de verdad que no ha dejado de alumbrar desde que salió; y tan imposible es á los hombres oscurecerle, como arrancar del firmamento el astro que nos alumbrá; por consiguiente, si no queremos marchar entre tinieblas, es necesario seguir á Jesucristo. *Qui sequitur me, non ambulat in tenebris* [2].

Así pues oigamos enhorabuena ponderar los progresos del espíritu humano, los diversos métodos aplicados á las artes y á las ciencias naturales, el conocimiento de este mundo visible, y del globo que habitamos, porque todos estos descubrimientos son hijos del tiempo y de la experiencia; pero no así en la religion sobre la cual está ya descubierto todo cuanto debe saberse. Despues que habló Jesucristo, que es la verdad misma, nada hay ya que buscar, sino tan solamente creer. En esto el simple aldeano que que sabe el símbolo, está tan adelantado como el mas docto personage; pues así para el sabio

[1] Haebr. XIII. 8.

[2] Joana. VIII. 12.

como para el ignorante no hay mas que un solo Maestro, y este es Jesucristo. *Magister vester unus est Christus* [1]. Por consiguiente toda inteligencia humana debe humillarse ante la inteligencia divina, y la curiosidad, como dice Tertuliano, debe ceder á la fe: „Ignorarlo todo, „escepto ella, es saberlo todo:” *cedat curiositas fidei; adversus regulam nihil scire, omnia scire est* [2].

Pero, ¡ah hermanos míos! ¡quiénes deben conocer mejor que nosotros á donde conduce esta soberbia inquietud de los espíritus! Nosotros vimos traspasar todos los límites puestos por la mano misma de Dios, y Dios nos castigó abandonándonos á los mas asombrosos extravíos. En cierto tiempo se llegó entre nosotros á desconocer todas las verdades; la duda reemplazó á todas las creencias; fué destrozado en todas sus partes el cristianismo, y despues de haber arrancado violentamente algunas ramas del árbol, se llegó por último á dirigir la segur hasta su raíz. Nada entónces se respetó ni se miró como sagrado, y de errores en errores, de abismo en abismo, la Francia cayó precipitada-

[1] Math. XXIII. 10.

[2] De Praescrip. cap. XIV.

mente en el de la indiferencia y del ateismo. ¿Y qué podrian ya temer ni honrar los que ni honraban ni temian á Dios? Cuando la religion, esa verdadera conservadora de las costumbres y de las leyes, llegó á debilitarse, vimos debilitarse y relajarse con ella los vínculos que unen las familias y la sociedad, y se apoderó de los pueblos un espíritu de insubordinacion sistemática: un filosofismo insensato dislocó el poder, puso el cetro del mando en manos de los que debian obedecer, y se miró la sumision como una cobardía, y la rebelion como un deber. ¿Y cómo despues de haber atacado á la Magestad del cielo era posible no despreciar las humildes magestades de la tierra? Los tronos de los príncipes no pudieron ya mantenerse firmes donde en cierto modo habia perdido el suyo la Divinidad. A la manera de aquellos fuegos subterráneos, que despues de sordos bramidos revientan con una espantosa esplosion, así las malas doctrinas, despues de haber fermentado por algun tiempo en los espíritus, rompieron con un estallido terrible que agitó todas las naciones, é hizo, y aun hace temblar al mundo social sobre sus mismos cimientos conmovidos. De este modo, adorable Maestro nuestro, los mismos monstruosos errores de los que os abandonaron nos

hán hecho volver á vos como al origen de toda verdad, y podemos dirigiros aquellas palabras del Príncipe de los apóstoles: Por mas que busque otro Maestro que vos, no le encuentro: fuera de vos no hay mas que error y la nada: vos solo poseis las palabras de vida eterna. *Domine, ad quem ibimus? Verba vitae aeternae habes* (1)

Jesucristo, verdad en los dogmas que nos ha revelado, es tambien la verdad en los preceptos que nos ha impuesto; por consiguiénte todas las reglas que deben dirigir nuestra conducta, nos estan ya trazadas; ¡y cuán grande felicidad es que no esten abandonadas ni á las indagaciones de la débil razon, ni á los caprichos de las pasiones enemigas de todo yugo! Pero en vano admiramos la moral evangélica como el presente mas hermoso que el cielo haya hecho á la tierra, si no arreglamos á ella nuestros sentimientos y nuestras acciones: si aplicándola á los demas la despreciamos para nosotros mismos, y si pretendemos acomodarla á nuestros deseos é inclinaciones, y conducirnos como filósofos formados en la escuela de Platon, mas

(1) Joan VII 69.

bien que como cristianos formados en la de Jesucristo.

Nosotros los ministros de la religion, no somos mas que los depositarios de estas máximas celestiales, encargados de enseñarlas á los fieles, y no nos es permitido ni exagerarlas ni debilitarlas: huyamos del rigorismo, que confundiendo el precepto con el consejo, quisiera algunas veces imponer un yugo intolerable á la debilidad humana; pero huyamos tambien de la blanda indulgencia, que para acomodarse á la corrupcion de los hijos de los hombres, rebaja todas las verdades, segun la siguiente expresion del Profeta [1]: *Diminutae sunt veritates à filiis hominum*. Preguntado el Salvador sobre lo que era necesario hacer para conseguir la vida eterna, responde: „Guardad los mandamientos:” *Serva mandata* [1]. Tal es la ley comun é inviolable que el ministro de la religion debe aplicarse á si mismo el primero, y de la que á nadie puede dispensar; y preguntado por cuanto puede haber mas grande sobre la tierra, debe responder en nombre de Dios lo mismo que responderia al último de los fieles: „Gar-

(1) Psal. XII. 2.

[1] Math. XIX, 17.

„dad los mandamientos:” *Serva mandata*.

Guardémonos, señores, de alucinarnos en este asunto, y de desgarrar en cierto modo la ley para tomar de ella lo que nos agrada, y desecharlo que mas nos importune: no porque seamos fieles en algunos puntos, nos entreguemos tranquilamente á la transgresion de los demas: no es baste respetar por temor la autoridad, sino que es preciso obedecerla por conciencia; hacer bien á los que nos le hacen; si hacemos mal á nuestros enemigos; atentar á la vida de nuestros semejantes, si atentamos á sus bienes y á sus derechos legítimos; no es bastante no perjudicarlos en sus bienes, si destruimos cruelmente su reputacion; evitar los excesos mas vergonzosos de la disolucion, si hacemos una vida afeminada y sensual; libertarnos de los escándolos de la prodigalidad, si no hacemos de lo supérfluo el patrimonio de los pobres; ni por último, observar exteriormente una conducta arreglada, si damos una entera licencia á nuestro corazon. Así como la fe, que abraza todas las verdades reveladas, está hecha para todos los entendimientos, y por consiguiente á todos está mandado creer en la palabra divina, así tambien la caridad, que comprende todas las virtudes, lo está para todos los corazones, y

por lo tanto á todos está mandado amar á Dios y amar á los hombres, y el Señor mismo es quien ha dicho: „Si me amais, guardad mis mandamientos:” *Si diligitis me, mandata mea servate* [1].

Jesucristo, verdad en el dogma y en la moral, es tambien la verdad en todo lo respectivo al culto; por consiguiente á nosotros nos toca honrar á la Divinidad por medio de los homenajes que él nos prescribió, y que se han perpetuado de edad en edad hasta nosotros. La Iglesia cristiana instruida por su divino autor, exenta de las supersticiones paganas, y dando realidad á las sombras de la ley mosaica, tributó á Dios desde su mismo origen un culto santo y puro, que es la expresion de su fe, de sus sentimientos, de sus esperanzas y de sus temores, y al mismo tiempo el vínculo visible de los miembros de que se compone. El tiempo y las circunstancias habrán podido añadir alguna cosa al aparato exterior, á la riqueza de los altares, á la magnificencia de los templos y á la pompa de las ceremonias; pero en su sustancia jamas ha variado el culto sagrado; y cuando se trata de lo que Jesucristo nos ha prescrito en nom-

[1] Joan XIV. 15.

bre de Dios, ó lo que la Iglesia nos prescribe en nombre de Jesucristo, á nosotros solo nos toca respetar sus preceptos y someternos á ellos. El „que á vosotros os escucha, á mí me escucha,” dije Jesucristo al colegio de los Apóstoles (1), y á sus sucesores en su divino ministerio. Así, pues, ¿ha recomendado Jesucristo la oracion como el conducto ordinario de los favores celestiales? Nuestro deber es orar con humildad y confianza. ¿Ha establecido un sacrificio de adoracion y de amor, cuyo valor infinito le hace digno de la infinita Magestad? A nosotros nos toca asistir á él con una compuncion viva y un profundo anonadamiento. ¿Ha instituido signos sagrados llenos de fuerza y de eficacia para la santificacion de nuestras almas? A nosotros nos toca apresurarnos á beber con reconocimiento en esta fuente de gracias. ¿Ha fundado un sacerdocio que deba ser el dispensador de sus misterios? A nosotros nos toca recurrir á él con respeto. ¿Ha dejado en fin al separarse de la tierra una autoridad depositaria de sus verdades santas, encargada de dirigirnos por los caminos de la salvacion, y de velar por la pureza de su culto así como por la integridad

[1] Luc. X. 16.

de su doctrina? A nosotros nos toca escucharla con docilidad, teniendo presentes aquellas palabras de San Cipriano (1): „No puede reconocer á Dios por padre el que no honra á la Iglesia como á su madre.” Desechemos por consiguiente el loco orgullo de censurar la obra de la divina Sabiduría, de despreciar los medios de santificación que le ha agradado establecer, de querer trazarnos caminos nuevos, y de mirar como superstición lo que ha sido practicado por los grandes santos y sabios personajes que nos han precedido.

Yo no ignoro, señores, que cuando se trata de los deberes y de las prácticas ordinarias de la vida cristiana; cuando, para explicarme en un lenguaje mas sencillo, se trata de la santificación del día del Señor, de la asistencia al oficio divino, de la confesión anual, del precepto pascual, del uso de los sacramentos, de los tiempos de abstinencia y de ayuno, del respeto á la memoria de los santos, á sus sepulcros y á sus restos venerables, nos sentimos tal vez inclinados á mirar todo esto como devociones populares, y á creerlo poco digno de nuestra clase y de nuestras luces; pero tambien sé que todas

[1] *De Unit. Eccles.*

las distinciones del nacimiento, del ingenio, de las riquezas y de las dignidades, aunque entren en el orden de la Providencia, y se hallen establecidas por ella para el bien general, desaparecen ante el Dios de cielo y tierra; que jamas justificarán á los ojos de este la violacion de la ley comun; que Dios tiene derecho de exigir mas de aquellos á quienes haya dado mas, y por último sé que en lo perteneciente á los ejercicios religiosos la regla de todo verdadero fiel debe ser condenar lo que la Iglesia condena; aprobar lo que ella aprueba, y practicar lo que manda.

Tampoco ignoro que el mundo está lleno de ingenios presumidos y desdeñosos para quienes aquello mismo que el sabio respeta es objeto de censura y de amargas sátiras; de corazones débiles que hacen traicion á su fe, y que abandonando exteriormente lo que reverencian en su corazon, se avergüenzan de cumplir con los deberes exteriores, y con las prácticas santas de la religion; pero al cristiano de carácter noble y firme corresponde sobreponerse á las burlas de hombres vanos y frívolos, que frecuentemente blasfeman de lo que ignoran; y es propio de un corazon generoso decir como San Pablo: „¿Qué me importan los juicios de los hombres

„sus alabanzas ni su censura? Mi verdadero juez es Dios: *qui judicat me Dominus est* [1].” Sé últimamente que existe en medio de nosotros una secta impía porque es perversa, y perversa porque es impía: que hace la guerra á Dios para hacérsela mejor á los hombres: que siembra doctrinas funestas para que produzcan crímenes: que desnaturaliza por medio de sofismas ó de delitos todo lo grande y elevado que puede haber en las instituciones humanas: una secta que funda la libertad en una independencia salvaje, la igualdad en la confusion de todas las clases, la tolerancia en el odio y en la opresion de la verdadera religion: secta, en fin, que parece no alimentarse mas que de errores y de destruccion: que quiere justificar la rebelion y la impiedad, y que inunda todos los dias la Francia entera, así los campos como las ciudades, de libelos furiosos contra la religion, el sacerdocio y sus ministros; pero esta misma apostasia es la que realza mas y mas la fidelidad. Cuando mil bocas se abren para blasfemar de Jesucristo, entónces mas que nunca es cuando el verdadero cristiano debe santificar sus labios con el nombre adorable de su divino

[1] I. Cor. IV. 4.

Maestro. Cuando el arca santa está á punto de caer en manos de los filisteos, entónces es cuando los verdaderos israelistas deben reunirse al rededor de ella; y cuando la impiedad ruje y amenaza al rededor de la ciudad santa, la piedad debe velar sobre sus murallas. Se ha dicho alguna vez que cuando la patria está en peligro, todo ciudadano es soldado. Pues bien, señores, nosotros tambien dirémos, que cuando la religion se halla tan abiertamente combatida, todo cristiano debe ser un apóstol por sus ejemplos á lo ménos si no por sus discursos, y entónces debe exclamar con el Profeta: „Señor, ellos se han armado contra vuestra ley; la han hollado con sus pies, han querido destruirla y abolirla sobre la tierra; pero segun el aborrecimiento de sus enemigos así será mi amor, y por lo mismo que ellos quieren aniquilarla, ella me será mas querida.” *Dissipaverunt legem tuam, dilexi mandata tua* [1].

Vosotros, cristianos, reunidos en este sitio, vosotros os penetraréis ya fácilmente que de vosotros es de quien la religion espera con justicia los mayores esfuerzos y la mayor adhesion: á vosotros pertenece principalmente auxiliarla

[1] Psal. CXVIII. 126, 127.

con el brillo de vuestros ejemplos, y ofrecerle en la solemnidad de vuestros homenajes la compensacion de los ultrages que recibe. Solo la religion puede reparar los daños de la impiedad; fortalecer la autoridad doméstica y civil, haciendola derivar de la autoridad del mismo Dios; contener la licencia de los espíritus con el freno de sus creencias; restablecer las nociones de lo justo y de lo injusto ya debilitadas; señalar á todos sus respectivos deberes con la autoridad divina de sus preceptos, y volver así á sentar el edificio social sobre su verdadera base; pero para que ella ejerza todo su grande imperio para la felicidad general, es preciso que sea solemnemente honrada por aquellos cuyo primer deber, por su cualidad de hombres públicos, es el de respetarla. El desprecio de la religion por parte de aquellos á quienes sus dignidades, sus riquezas y sus conocimientos elevan sobre el pueblo, ha sido y será siempre un presagio tan cierto como espantoso de la ruina de las costumbres, de las leyes y de la sociedad.

Yo os doy gracias, ó Dios mio, en nombre de toda la Francia por haber animado de este celo y de estos sentimientos á los hijos de San Luis: oid los ruegos fervorosos de nuestros corazones, salvad todo lo que nos ha quedado de

tan hermoso tronco, y haced que reflorézca con nuevo vigor y nueva lozanía; cubrid con el escudo de vuestro poder al príncipe tan religioso y tan frances que preside esta tierna ceremonia, y cuyo corazon real y magnánimo se descubre en todas sus palabras y en todas sus acciones. Velad sobre ese monarca heredero de la piedad no ménos que del trono de sus padres, y derramad sobre su cabeza augusta toda la abundancia de vuestros favores; acabad por su medio lo que ya habeis comenzado, y cerrad para siempre por medio de sus reales manos el abismo de nuestras desgracias; conceded, ó Padre de misericordias, á las luces de su espíritu un triunfo completo sobre las tinieblas de la falsa sabiduría, á la pureza de sus virtudes sobre la corrupcion del siglo, y á la sinceridad de su fe sobre los esfuerzos de la impiedad. Coronad, por último, todos vuestros dones haciéndole dichoso sobre la tierra por la felicidad de sus pueblos; y bienaventurado en el cielo por la participacion de vuestra misma felicidad. Así sea.

FIN DEL CUARTO Y ULTIMO TOMO.